LIBRO dot.com

El planeta de la duda

Stanley G. Weinbaum



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Más allá de Marte, donde giran los planetas gigantes, la vida, si existe, debe ser muy diferente. Los mundos, allí, poseen muchas veces el volumen de la Tierra, están compuestos de gases venenosos, con poderosos vientos y extrañas fluctuaciones de la gravedad y la densidad. Stanley G. Weinbaum, pintor pionero del espacio, cuyas concepciones han dejado huella indeleble en la ciencia-ficción, nos muestra uno de estos mundos gigantes, el gran Urano, más allá de Saturno, el primer planeta descubierto por la astronomía y posiblemente uno de los más enigmáticos.

Hamilton Hammond se estremeció nerviosamente al oír la voz de Cullen, el químico de la expedición, que gritaba desde su lugar a proa:

-¡He visto algo!

Ham se asomó por la portilla, contemplando la eterna bruma gris verdosa que envuelve eternamente a Urano. Luego dio una rápida ojeada al numerador de la plomada eléctrica: cincuenta y cinco pies, pensó con aspecto despreocupado, pero era una mentira, ya que había registrado la misma cifra durante las ciento sesenta millas del descenso. La bruma reflejaba la luz.

El barómetro señalaba 86'2 centímetros. También era un guía muy poco de fiar, aunque mejor que la plomada, ya que el intrépido Young, cuatro décadas antes, en 2060, había anotado una presión atmosférica de 86 en su romántico salto desde Titán al polo sur del encapotado planeta. Pero ahora el "Gaea" estaba descendiendo sobre el polo opuesto, a cuarenta y cinco mil millas del lugar de aterrizaje de Young, y nadie sabía qué inmensas profundidades o qué altísimos picos podían hacer inútiles aquellas cifras.

-No veo nada. -musitó Ham.

-Ni yo -aseguró Patricia Hammond, su esposa, o más oficialmente, la bióloga de la expedición de la Smithsoniana "Gaea". Al momento exclamó-: ¡Oh, sí! ¡Algo se mueve! -bservó con más atención-: ¡Arriba! ¡Arriba! -gritó-: ¡Arriba!

Harbord era un buen piloto. No formulaba preguntas, ni apartaba la mirada de los mandos. Simplemente, manejó el regulador; los subcohetes rugiendo animadamente, y el impulso hacia arriba los apiñó a todos contra el suelo.

Con el tiempo justo. Una enorme ola gris de agua se arremolinó bajo el portillo, tan cerca, que su cresta se retorció por efectos de la aspiración del vacío, y el cristal quedó empañado por el agua.

-¡Caspita! -exclamó Ham-. Esto pasó cerca. Demasiado cerca. De habernos rozado, habría destrozado nuestros cohetes. Estaban al rojo vivo.

-¡Un océano! -gritó Patricia, haciendo una mueca de disgusto-. Young comunicó tierra.

-Sí, cuarenta y cinco mil millas lejos. Por lo que sabemos, este océano es más grande que toda la superficie de la Tierra.

La joven consideró este aserto frunciendo el ceño.

-¿Y si esta niebla rodease toda la superficie del planeta?

-Así lo dice Young.

-Pero en Venus las nubes sólo se forman en la conjunción de los vientos superiores y los inferiores.

-Sí, pero Venus se halla más cerca del Sol. El calor allí se halla distribuido equitativamente, mientras que aquí el Sol apenas cuenta para nada. La mayor parte del calor de la superficie procede del interior del planeta, como en Saturno y Júpiter, pero como Urano es mucho más pequeño, también es mucho más frío. Es lo bastante frío como para poseer una corteza sólida en vez de tenerla en fusión como en los grandes planetas, pero es considerablemente más frío que la zona crepuscular de Venus.

-Sí, pero -objetó ella- Titán es tan frío como una docena de Nueva Zemblas, y sin embargo se halla en un perpetuo huracán.

Ham sonrió.

-¿Quieres cogerme en falta? No es la temperatura absoluta lo que origina los vientos, sino la diferencia de temperatura entre un lugar y otro. Titán posee una cara calentada por Saturno, pero aquí el calor está equilibrado, o prácticamente equilibrado en torno a todo el planeta, puesto que procede del interior.

De repente, centró su atención en Harbord.

-¿Qué estás aguardando? -le preguntó.

-A ti -gruñó el piloto-. Ahora están al mando de la nave. Yo sólo mando hasta que avistamos la superficie, y esto ya lo hemos hecho.

-¡Por Júpiter, que tienes razón! -exclamó Ham, con voz de satisfacción. En su última expedición, en el lado nocturno de Venus, había estado técnicamente a las órdenes de Patricia, y ahora el cambio le complacía-. Y ahora -añadió con gravedad-, si la biólogo quisiera amablemente hacerse a un lado...

Patricia soltó un bufido.

-Bueno, ya puedes pilotarnos. Seguro que no tienes ni una sola idea.

-Pues la tengo -replicó Ham, y se volvió a Harbord-. ¡Sureste! -le ordenó, y los cohetes posteriores añadieron sus rugidos a los de los otros-. Proa arriba a treinta mil metros –continuó-, y hallaremos las montañas.

El "Gaea", denominado así por el antiguo ,nombre de la diosa de la Tierra, que era la esposa del dios Urano, fue impulsado a través de la infinita niebla que rodeaba el polo del planeta. En cierto aspecto, dicho polo es único entre la familia del Sol, ya que Urano tiene una rotación, no como la de Júpiter, Saturno, Marte o la Tierra, a manera de una peonza, sino más al estilo de un balón redondo. Sus polos se hallan en el mismo plano de su órbita, de forma que en un punto su polo sur da cara al Sol, mientras que cuarenta y dos años más tarde, a mitad de la vasta órbita, es el polo opuesto el que mira al astro rey.

Cuatro décadas antes, Young había tocado en el polo sur. Pasarían aún otros cuarenta años antes de que aquel polo volviese a ver el Sol.

-Lo malo con las mujeres -gruñó Harbord-es que hacen demasiadas preguntas.

Patricia giró en redondo.

-¡Schopenhauer! -le fulminó-. ¡Deberías estar sumamente agradecido de que sea la hija de Patrick Burlinghame quien preste su ayuda a una expedición yanqui!

-¿Sí? ¿Y por qué Schopenhauer?

-¡Porque odiaba a las mujeres! ¡Como tú!

-Entonces, era mejor filósofo de lo que pensaba -gruñó Harbord.

-Además -añadió ella, agriamente-, un par de millones de dólares es mucho dinero para una milla cuadrada de desierto brumoso. Además, no podréis dominar este planeta como intentasteis dominar Venus.

Se estaba refiriendo, naturalmente, a la decisión del Concilio de Berna de 2059, referente a que el simple hecho de aterrizar en un planeta no le da a una nación la posesión del mismo, sino sólo la parte explorada. En el planeta Urano, envuelto en la niebla, la porción tendría que ser ínfima.

-No importa -arguyó Ham-. Ninguna nación reclamará si América decide apoderarse de toda esta bola de bruma, porque ninguna otra nación posee una basa bastante cerca de Urano.

Esto era cierto.. En virtud de la posesión de la única luna habitable de Saturno, Titán, los Estados Unidos eran la única nación que se hallaba en condiciones de enviar un cohete explorador a Urano. Un vuelo directo desde la Tierra quedaba fuera de

cuestión, puesto que la distancia mínima. entre los dos planetas es de 1.700.000.000 millas. El vuelo tenía que hacerse en dos saltos: primero, Titán, luego, Urano.

Pero esta condición limitaba la frecuencia de las visitas, enormemente, ya que aunque la Tierra y Saturno se hallan en conjunción a intervalos de poco más de un año, Urano y Saturno sólo lo están cada cuarenta años. Y sólo en tales ocasiones era posible llegar al vasto, misterioso, brumoso planeta.

Tan inconcebiblemente remoto se halla Urano, que la distancia a su vecino Saturno, es mayor que la distancia total de Saturno a Júpiter, de Júpiter a los asteroides, de éstos a Marte y de Marte a la Tierra. Es un planeta salvaje, extraño, misteriosamente protegido por las nieblas, que sólo el helado Neptuno y Plutón existen entre él y el vacío interestelar.

Patricia se volvió hacia Ham.

-¿Por qué al Sureste? -le gritó-. ¿Por qué? Se trata de una adivinanza, ¿verdad?

-No -gruñole su esposo-. Tengo mis motivos. Intento ahorrar tiempo, porque nuestra estancia aquí es limitada, si no queremos vernos atrapados durante cuarenta años, hasta la próxima conjunción.

-¿Pero por qué al Sureste?

-Te lo diré. ¿Has contemplado alguna vez un globo terráqueo? Bien, en tal caso, te habrás dado cuenta de que todos los continentes, todas las grandes islas, y todas las penínsulas importantes se van estrechando, hasta terminar en punta hacia el Sur. En otras palabras, el hemisferio norte es más favorable a la formación de las tierras, y en realidad, la mayor parte de los continentes se hallan situados al norte del Ecuador.

-El océano Ártico se halla casi rodeado por un anillo de tierra, pero el Antártico es un mar abierto. Y esto mismo es cierto con respecto a Marte, presumiendo que las llanuras oscuras y pantanosas no sean más que antiguos lechos oceánicos, 'y cierto también para los océanos helados del lado nocturno de Venus.

-Por tanto, presumo que si todos los planetas tienen un origen común, y todos se han solidificado en las mismas condiciones, Urano debe tener la misma clase de distribución de tierras. Lo que Young halló fue la tierra que corresponde a nuestra Antártica; lo que yo estoy buscando es la tierra que debe rodear a este mar polar ártico.

-Que debe, pero que quizá no rodea -le objetó Pat-. Además, ¿por qué al Sureste y no directo al Sur?

-Porque esta dirección describe una espiral y amortigua la posibilidad de chocar con algún estrecho o canal entre tierras. Con una visibilidad de cincuenta pies, a lo sumo, nos exponemos a tomar un canal cualquiera por el océano.

-Incluso tu Támesis inglés parecería el Pacífico con esta bruma, si estuviésemos a más de medio centenar de pies de cada orilla.

-Y supongo que tu Mississippi americano parecería el diluvio universal -se burló la joven, contemplando la masa neblinosa que giraba incesantemente delante de los tragaluces.

Poco más de una hora después, el "Gaea" estaba de nuevo descendiendo con titubeos. A los 85 centímetros de presión del aire, Ham había parado casi por completo el cohete, y poco después estaba cayendo sobre la ráfaga almohadillada de los subcohetes, a una velocidad de varias pulgadas por minuto.

Cuando el barómetro llegó a los 85'5 centímetros, la voz de Cullen resonó a popa, donde el tragaluz estaba menos oscurecido por los mismos cohetes.

-¡Algo abajo! -exclamó.

Había algo. La niebla parecía decididamente más oscura, y se veían ciertos rasgos o marcas, netamente destacados. Mientras la nave iba posándose lentamente, Ham observaba atentamente, hasta que por fin dio la orden de aterrizar. El "Gaea" se posó, con un jadeo metálico, sobre una llanura gris y pedregosa, coronada por un hemisferio de niebla que obturaba la visión lo mismo que un alto muro.

Había algo salvaje y siniestro en el limitado paisaje que se abría ante ellos. Al morir el ruido del aparato, todos volvieron la vista silenciosamente a los vapores de color plomizo, y Cullen también se les reunió en silencio. Este, poderoso, aterrador después del tronar estrepitoso de los motores, les dejó sobrecogidos.

Venus, donde Pat había nacido, era gin planeta extraño con su estrecha zona crepuscular habitable, sus tierras cálidas inhabitables y su misteriosa cara oscura, pero en realidad era el hermano gemelo de la Tierra.

Marte el planeta desierto con su gran civilización decadente, era, no obstante, más poderoso pero no tan extraño. En las lunas de Júpiter había seres procedentes de otros mundos raros, y en el helado Titán, que rodeaba a Saturno, había criaturas fantástica, nacidas en aquel salvaje y frígido satélite.

Pero Urano era un planeta mayor, sólo hermanastro de los planetas interiores y menos que primo de los diminutos satélites. Era un mundo misterioso, extraño,

desconocido; nadie había posado nunca el pie en un planeta mayor, salvo el intrépido Young y sus hombres, unos cuarenta años antes.

Había explorado, entre todos los millones de millas cuadradas de superficie, sólo un kilómetro cuadrado, unas cuarenta y cinco mil millas lejos de donde ahora se hallaba la segunda expedición. Todo lo demás era desconocido, misterioso, y aquel pensamiento era suficiente para subyugar incluso a la inquieta Patricia.

Pero no por mucho tiempo.

-Bien –observó-, esto se parece a Londres. Hace la misma clase de tiempo que cuando estuvimos allí. Me parece que si doy unos pasos me hallaré en Piccadilly.

-No salgas aún -le ordenó Ham-. Voy a ordenar una prueba atmosférica, antes.

-¿Para qué? Young y sus hombres respiraron este aire. Sí, supongo que irás a objetar que se hallaban a cuarenta y cinco mil millas lejos, pero incluso un biólogo sabe que la ley de difusión de los gases impediría que un planeta tenga una clase de aire en un polo, y otra en el opuesto. Si el aire era bueno allí, también lo es aquí.

-¿Sí? -rezongó Ham-. Eso de la difusión está muy bien, ¿pero se te ha ocurrido pensar que esta bola de niebla obtiene la mayor parte de su calor del interior? Esto significa una alta actividad volcánica, y podría, por lo tanto, haber una erupción de gases letales en alguna parte. Quiero que Cullen haga una prueba.

Patricia se conformó, contemplando en silencio al eficiente Cullen, mientras obtenía una muestra del aire de Urano dentro de un matraz. Al cabo de un momento la joven flexionó sus rodillas y preguntó:

-¿Por qué es aquí tan débil la gravedad? Urano es cuarenta y cuatro veces mayor que la Tierra, y quince veces su masa, y sin embargo no me noto más pesada que en casa -la casa, para Patricia, naturalmente, era la pequeña ciudad fronteriza de Venoble, en el frío país venusino-.

-Esta es la respuesta -le contestó Ham-. Sí, cuarenta y cuatro veces el tamaño de la Tierra o de Venus, pero sólo quince veces su peso. Esto significa que su densidad es mucho menor, exactamente 27. Esta cifra significa unas nueve décimas partes de la gravitación de superficie de la Tierra, aunque a mí me parece casi igual. Examinaremos lo que da un kilogramo de peso en la báscula, dentro de poco, y tendremos una cifra aproximada de su masa.

-¿Se puede respirar el aire?

Librodot

-Perfectamente. El argón es un gas inerte, y una sustancia no puede resultar venenosa, a menos que pueda reaccionar químicamente en el cuerpo.

Pat soltó otro bufido.

-¿Lo ves? Esto es muy saludable. Voy a salir.

-Esperarás a que lo haga yo-objetó Ham-. Cada vez que te separas de mí te metes en algún lío, ya lo sabes. -Consultó el termómetro situado al exterior, que marcaba nueve grados centígrados, o sea la temperatura otoñal de la Tierra-. Esta es la causa de la perpetua neblina -observó-. La superficie siempre está más caliente que el aire.

Pat se estaba ya poniendo un suéter y una chaqueta sobre los hombros. Ham la siguió y giró la manija de la cabina. Se oyó un cortante silbido cuando el aire ligeramente más denso de Urano se abrió paso al interior de la nave. Ham se volvió a hablar con Harbord, que estaba encendiendo una pipa con gran satisfacción, lo cual tenía totalmente prohibido en el espacio, pero que ahora podía efectuar en la atmósfera de Urano.

-No apartes los ojos de nosotros, ¿de acuerdo? -le recomendó Ham-. Míranos desde el tragaluz, por si nos ocurre algo y necesitamos ayuda.

-¿Los dos? -gruñó Harbord-. Pues tu mujer ya ha desaparecido.

Lanzando una imprecación, Ham dio media vuelta. Era verdad. La puerta exterior de la cabina ya estaba abierta, y por la abertura se filtraba una masa neblinosa, casi inmóvil.

-¡Está loca! -exclamó Ham-. ¡Ya verás! Dame esto -asió un cinto con dos pistoleras, y luego se apoderó de un revólver automático y de una terrible pistola de llamas destructoras. Se colgó las armas al cinto, cogió una mochila y se zambulló en la eterna bruma de Urano.

Era exactamente como si se hallase bajo un tazón de plata invertido. Por entre la niebla se filtraba una luminosidad verdosa, pesada y monótona, pero todo su mundo consistía en el cohete metálico que quedaba a sus espaldas y un semicírculo de cincuenta pies delante suyo. Y Pat... Pat no se veía por ninguna parte.

-¡Pat! -gritó en tono agudo. El sonido quedó amortiguado por la fría humedad de la niebla. Volvió a gritar, vociferando exageradamente, y luego lanzó un juramento de alivio al escuchar una débil respuesta que surgía de entre la bruma verdosa.

Al cabo de un momento apareció la joven, zigzagueando, como un fantasma verdegris.

-¡Mira! -exclamó, triunfante-. Éste es el primer espécimen de vida vegetal de Urano. Débilmente organizada, reproducida por partición y... ¿qué diablos te pasa?

-¿Pasar? ¿No sabes que podías haberte extraviado? ¿Cómo esperabas volver?

-Con la brújula -replicó ella fríamente.

-¿Cómo sabes si funciona? Podríamos hallarnos situados en el polo magnético, si es que Urano tiene uno.

La joven consultó la brújula de su muñeca.

-Pues en realidad, no funciona. La aguja está saltando enloquecida.

-Sí, y además andas desarmada. ¡Eres una loca!

-Young afirmó que no había vida animal, ¿verdad? Y ...espera un momento. Sé lo que vas a decirme. ¡Que estamos a cuarenta y cinco mil millas de distancia!

-Además -rezongó el joven-, te hallas bajo mis órdenes. No puedes salir sola, y aun en ese caso, atada con una cuerda a tu compañero -extrajo unas cuantas yardas de cuerda plateada de un bolsillo, y ató un extremo a la cintura de la joven y el otro a la suya.

-¡Oh, no seas tan tímido! Me siento como un cachorro en una traílla.

-Tengo que ser tímido -le contestó él, secamente- cuando tengo al lado a una persona atolondrada, e imprudente como tú.

Ham no hizo caso del bufido de disgusto que ella soltó, y procedió a desenvolver una tela que llevaba en la mochila. Resultó ser una bandera americana, provista de un mástil plegable, que hundió en tierra, sobre una ligera prominencia del terreno, tras lo cual dijo con toda gravedad:

-Tomo posesión de este territorio en nombre de los Estados Unidos de América.

-¿Los cincuenta pies que divisas, verdad? -murmuró Patricia, en voz baja, aunque a pesar de sus modales burlones era muy leal a la patria de su esposo. Luego, calló, y ambos contemplaron la bandera con cierta emoción.

Era como el eco de un agradable y diminuto planeta a casi dos billones de millas lejos; aquel pedazo de tela significaba la gente, los seres humanos, los amigos, la civilización, cosas remotas y casi tan irreales como su presencia allí, sobre el suelo de aquel vasto, solitario y misterioso planeta.

Ham descartó aquellas ideas.

-Bueno, ahora daremos un vistazo por los alrededores.

Librodot

Young había trazado indicaciones para la técnica de la exploración en aquel planeta, donde el explorador debía enfrentarse con dificultades casi insuperables.

Ham ató el extremo de un fino cable de acero a un gancho situado en el portón del cohete. Rodeando su cintura llevaba un millar de pies de dicho cable, el cual le serviría como guía infalible en la oscuridad, único medio práctico en una región donde el sonido quedaba amortiguado, y donde las ondas de radio quedaban asimismo tan protegidas como por una campana de metal. El cable serviría no sólo de guía sino de mensajero, puesto que un tirón ponía en movimiento un zumbador dentro de la nave espacial.

Ham saludó con la mano a Harbord, visible—detrás del tragaluz, fumando su pipa, y emprendieron la marcha. Al llegar el término de su tiempo disponible, Urano tenía que haber sido explorado en círculos de mil pies, ,moviendo el cohete cada vez que quedasen grabados y anotados debidamente los detalles de cada zona. Una tarea colosal. Era probable, según Ham le hizo notar a Pat, que aquel vasto planeta no llegase a ser jamás explorado por completo, especialmente con el obligado plazo de cuarenta años de intervalo que espaciaban las visitas.

-Y particularmente -le corrigió ella-, si de la Tierra envían aquí a personas tan timoratas, más bien temerosas, como tú.

-Al menos -replicó el joven-, espero regresar pudiendo decir que hemos explorado una miríada de terreno, como lo hizo Young.

-¿Pero no comprendes -exclamó ella, impaciente- que, vayamos adonde vayamos, más allá de nuestro radio visual puede siempre haber algo maravilloso? Nos llevaremos unas muestras de varias zonas de mil pies del terreno, y a lo mejor cada vez pasaremos por alto algo que podría darnos a conocer la verdadera naturaleza de este planeta. Es lo mismo que si recorriésemos unos centenares de pies cuadrados en la Tierra. ¿Qué probabilidad tendríamos de descubrir parte de una ciudad, o una casa, o un ser humano en nuestro círculo?

-Muy cierto, Pat. ¿Pero qué más podemos hacer?

-Podríamos, al menos, sacrificar unas cuantas precauciones y abarcar más territorio.

-Pero no podemos. He de mirar por tu seguridad.

-¡Oh! -exclamó ella, irritada y separándose de él-. Eres... -sus palabras quedaron ahogadas al llegar a la máxima longitud de la cuerda que le unía a su marido. Ahora era

ya invisible a los ojos de éste, pero los ocasionales tirones que él sentía eran la mejor prueba de que todavía seguía atada a Ham.

Éste comenzó a andar lentamente hacia el frente, examinando el terreno granuloso de humedad condensada, y aún más raramente, un poco de maleza como la que Pat había dejado caer junto al cohete. Aparentemente, la lluvia era desconocida en Urano, planeta sin viento, por lo que a la Humedad. superficial seguía un interminable ciclo de condensación en el aire frío y de evaporación en el cálido terreno.

Ham llegó a un punto donde el barro hirviente parecía surgir de abajo, mientras que plumones de vapor giraban sobre sí mismos hasta perderse entre la niebla, prueba del enorme calor interno que calentaba el planeta. Se quedó como hipnotizado en su contemplación y, de repente, un violento tirón de la cuerda le obligó a retroceder.

Dio media vuelta. Patricia se materializó de improviso de entre la bruma, llevando en la mano una planta ahilada. La soltó al ver a Ham y súbitamente corrió hacia el joven, sollozando frenéticamente.

-¡Ham! –jadeó-. ¡Regresemos! ¡Estoy asustada!

-¿Asustada? ¿De qué? -el joven la conocía, y sabía que era una mujer animosa, hasta el punto de desafiar intrépidamente cualquier peligro que pudiese comprender, pero si existía una sombra de misterio en algún incidente, su activa imaginación le describía horrores que no se atrevía a encarar.

-¡No lo sé! -exclamó- ¡He... visto cosas!

-¿Dónde?

-En la niebla... no se:..

Ham se desprendió de su abrazo y llevó sus manos a las culatas de sus pistolas.

-¿Qué clase de cosas?

-¡Cosas horribles! ¡Cosas de pesadilla!

El joven la sacudió suavemente, entre sus brazos.

-¿Quién es ahora el tímido? -se burló, pero cariñosamente. La burla produjo el efecto apetecido; la muchacha dejó de sollozar, calmándose hasta cierto punto.

-¡No estoy asustada!-rezongó-. Es... un poco de precaución. Vi... -volvió a palidecer.

-¿Viste... qué?

-No lo sé. Unas figuras en la niebla. Cosas muy enormes que se movían, con unas caras horribles. Como fantasmas... diablos... pesadillas -volvía a chillar, y él tuvo que calmarla.

-Estaba inclinada sobre una charca de las que hay por aquí, examinando una plantita, y todo estaba quieto, con una quietud mortal. Entonces, de pronto, pasó una sombra por delante de la charca, el reflejo de algo sobre mi cuerpo, alcé la vista y no vi nada. Pero poco después, casi en seguida, empecé a ver unas formas en la niebla, unas formas horribles, a mi alrededor. Chillé y entonces caí en la cuenta de que tú no podías oírme, por lo que le di un tirón a la cuerda. Y luego creo que cerré los ojos hasta verme a tu lado.

Patricia volvió a estremecerse.

-¿A tu alrededor? -repitió el joven, secamente-. ¿Quieres decir entre nosotros dos?

-Por todas partes -asintió ella.

Ham se echó a reír.

-Has tenido una pesadilla, Pat. La cuerda no tiene tanta longitud como para que por en medio de ambos pase algo que tú, y yo no, puedas ver. Te juro que no he visto nada, ¡absolutamente nada!

-¡Pues yo vi algo! -insistió la joven-. No me lo he imaginado. ¿Crees que soy una chiquilla asustadiza que teme los lugares desconocidos? ¡Ten en cuenta que he nacido en un planeta distinto al tuyo! ¡Está bien! -ahora estaba indignada-. ¡Quedémonos los dos aquí completamente quietos; quizá volverá a acercarse otra vez; veremos, entonces, lo que haces tú.

Ham asintió, y ambos permanecieron completamente callados e inmóviles, envueltos por las translúcida neblina. No había nada, sólo la bruma verdosa, profunda, espesa, interminable, y un silencio infinito, un silencio que Ham no había experimentado nunca en toda su existencia, ya que en Venus, incluso en la parte de las tierras cálidas, siempre había el leve susurro de la vida, y el eterno quejido del viento, lo mismo que en la Tierra no existe nunca el silencio absoluto, ni de día ni de noche.

En alguna parte hay siempre el susurro de las hojas, o el rumor de la hierba, o el murmullo del agua, o los zumbidos de los insectos, e incluso en el más agostado de los desiertos, el crujido de la arena al enfriarse o al calentarse. Pero allí, no. Allí era tal el silencio, que la respiración de la joven resultaba un alivio. Aquel silencio parecía llenarlo todo... parecía que pudiese escucharse. -Lo escuchaba, lo oía, o era simplemente

la pulsación de la sangre en sus venas? Una pulsación sin forma, un crujido infinitamente débil, un vago susurro. Frunció el ceño, concentrándose en su atenta escucha. Patricia volvió a refugiarse entre sus brazos.

-¡Allí! -le susurró-. ¡Allí!

Ham escrutó por entre la niebla. No había nada o ¿había algo? Una sombra... ¿pero qué era lo que podía provocar aquella sombra, en una región sin sol, y sumergida en niebla? Una condensación neblinosa, esto era todo. Pero se movía, y la niebla no puede moverse sin el impulso del viento... y éste no existía en Urano.

Bizqueó los ojos en un esfuerzo para penetrar en la oscuridad. Vio; o le pareció ver, una inmensa figura. como un espejismo ...o quizás una docena de figuras. Estaban por todas partes; una pasó silenciosamente sobre sus cabezas, mientras las demás ondeaban v se balanceaban fuera del radio visual. Había murmullos y susurros, sonidos como jadeos y silbidos, pateos y crujidos. Las formas neblinosas eran completamente inestables, surgiendo del suelo y elevándose como altas torres sombrías, disipándose y volviendo a formar figuras de humo.

-¡Dios mío! -exclamó Ham-. ¿Qué puede ser esto?

Trató de enfocar la inestable multitud de sombras. Era difícil. Todas parecían, surgir de la nada, avanzar, retroceder, flotar, materializarse y desvanecerse. Pero de pronto un sorprendente fenómeno atrajo su atención, y por un momento permaneció completamente inmóvil. ¡Había visto unos rostros!

No exactamente semblantes humanos: Eran unas apariciones como las que había descrito Patricia, caras de gárgolas, de demonios, que se burlaban, hacían espantosas muecas, sonreían atontadamente o parecían mofarse o lamentarse. No era posible distinguir las sombras claramente, sino ver sólo vagas impresiones, tan vagas e instantáneas que parecían una ilusión, más aún cuando sus rasgos, aunque no humanos, imitaban las de los seres humanos. Estaba más allá de toda razón suponer que Urano albergaba a una raza humana, o a seres humanoides.

-Retrocedamos, Ham -susurró Patricia-. Regresemos, por favor.

-Escucha –dijo-, estas sombras son ilusorias, al menos en parte.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque son antropomórficas. Aquí no pueden existir seres con rostros humanos. Son nuestras mentes las que añaden detalles inexistentes, como cuando se ve una nube en el cielo, o una grieta en el techo, y queremos a la fuerza reconocer en ella las

facciones de un ser, conocido o desconocido. Todo lo que vemos son manchones más densos de niebla.

-¡Ojalá pudieras estar seguro! -exclamó Patricia.

Tampoco Ham estaba seguro de ello, pero volvió a afirmarlo.

-Claro que lo estoy -la tranquilizó-. Y te explicaré una manera muy fácil de demostrarlo. Les fotografiaremos con la cámara de rayos infrarrojos y las placas nos darán todos los detalles.

-Me asustará mirar las placas -dijo la joven, estremeciéndose al tiempo que escrutaba las tinieblas en busca de más figuras sombrías-. Supongamos... supongamos que las placas revelan sus rostros. ¿Qué dirás entonces?

-Diré que es una inesperada coincidencia que en Urano se haya desarrollado, en cierta forma, una especie de vida semejante a la terrestre, al menos en su aspecto exterior.

-Y estarás equivocado -murmuró ella-. Una cosa así se halla más allá de toda coincidencia. ¿Sabes lo que pienso? ¿Y si la ciencia estuviese equivocada, Ham y Urano fuese en realidad el Infierno? ¿Y estos seres fuesen los condenados?

Ham se echó a reír, pero su risa sonó a falsa, a hueca, amortiguada por la niebla.

-Ésta es la idea más idiota que haya tenido nunca la imaginación más desenfrenada, Pat. Y te diré que los que son...

La frase fue interrumpida por un chillido de la joven. Los dos esposos habían estado hablando estrechamente enlazados, observando atentamente a todas partes por entre la niebla, y ahora él giró hacia la dirección en que ella estaba mirando.

Por un momento, su visión quedó cegada por la rapidez de la vuelta, y parpadeó frenéticamente en un esfuerzo para enfocar las imágenes. Entonces, vio lo que la había sobresaltado. Era una enorme, oscura sombra que parecía tener su origen en la superficie del terreno, pero que se elevaba hacia lo alto, curvándose por encima de ellos dos, como si se dispusiese a flotar por encima de' sus cabezas, como un surtidor de niebla disponiéndose a regar la tierra.

A pesar de sus burlas sobre los temores imaginarios de Patricia, los nervios de Ham se tensaron al máximo. Fue un gesto puramente automático el que le hizo empuñar una pistola, y también fue un impulso el que le obligó a disparar contra la niebla. Se oyó una resonancia sumamente amortiguada del disparo -un solo eco-, y luego el silencio total.

Silencio total. Los jadeos, los murmullos habían desaparecido, lo mismo que las formas de la niebla. A pesar de esforzar la visión, sólo percibieron la masa grisácea de la bruma, ni pudieron tampoco oír otro rumor que el de sus propias respiraciones y el eco repetido en sus oídos de la detonación.

-¡Se ha ido! -exclamó la joven.

-Seguro. Lo que te dije: pura ilusión.

-¡Una ilusión no se disipa por el estruendo de una pistola! -objetó ella, recobrando todo su valor ante el desvanecimiento de las sombras-. Son reales. Y las cosas no me asustan tanto como…, bueno, como las cosas que no comprendo.

-¿Y comprendes ésta? Y respecto a que las ilusiones no se desvanecen con los disparos, podría objetar algo. Supongamos que estas apariciones fuesen debidas a una especie de autohipnosis, o que meramente fuesen el producto de nuestro esfuerzo por atisbar entre la niebla. ¿No crees que un disparo podría devolvernos a nuestro estado mental centrado, de forma que todas las ilusiones de nuestros sentidos quedasen ahuyentadas?

-Tal vez -respondió ella, dubitativamente-. Por otra parte, ya no estoy asustada. Sean lo que sean, me parece que son inofensivos.

Volvió su atención a la charca de barro que tenían delante, en la que crecían unas curiosas plantas en forma de plumas, a las que el burbujeo de la superficie obligaba a balancearse.

-Criptógamas -señaló Pat, examinándolas-. Probablemente, la única especie de plantas que puede existir en Urano, puesto que no hay signo de abejas, o de otro portador de polen cualquiera.

Ham gruñó en aprobación, su atención atraída aún por la espesa niebla. De repente, ambos se sobresaltaron al escuchar el sonido del potente zumbador al extremo del cable guía. ¡Un solo zumbido, el aviso del "Gaea"!

Pat se incorporó. Ham tiró del cable, en rápida respuesta, y musitó:

-Será mejor que regresemos. Harbord y Cullen habrán visto algo. Probablemente será lo mismo que hemos visto nosotros, pero es preferible estar seguros.

Comenzaron a retroceder sobre sus propios pasos, mientras el millar de pies del cable canturreaba levemente al ir anudándose lentamente en la cintura del joven. Aparte de ese susurro y del quedo rumor de sus pasos sobre la grava del suelo, reinaba un

silencio absoluto, no siendo la niebla más que una masa casi impenetrable de verdor grisáceo. Habían progresado tal vez doscientas yardas cuando todo cambió.

Fue Patricia la primera en distinguir las sombras.

-¡Han vuelto! -le susurró al oído de Ham, aunque ahora sin la menor nota de temor en su acento.

El las vio también. No les rodeaban, sino que corrían en dirección al "Gaea", en dos filas paralelas, o tal vez dividiéndose en dos filas más allá del radio visual. Ham y Pat comenzaron a moverse por entre un callejón obstaculizado por una continua fila de sombras móviles.

Se apretujaron uno al otro, y trataron de taladrar las tinieblas. Se hallaban ya sólo a ciento cincuenta pies de la nave espacial. Y entonces, con tanta rapidez que les obligó a suspender la marcha de improviso, algo más sólido que la niebla, algo más tangible que las sombras, se irguió ante ellos.

Aquello -fuese lo que fuese- se iba aproximando. Ahora era ya visible como un círculo oscuro al nivel del suelo, con un diámetro de seis pies, tanto en altura como en anchura. Sé movía con la misma velocidad del paso de un hombre, y se materializó rápidamente en una masa completamente sólida.

Ham y Pat le miraban fascinados. La "cosa" no tenía forma, no siendo más que un círculo tubular que se alargaba y se estiraba en la niebla. O, quizá, no completamente sin forma. Podían ya percibir un órgano que se proyectaba a partir del centro del círculo, un miembro tembloroso, flojo, como una hojuela agitándose por efectos de una corriente de aire, cuyos extremos temblaban, curvándose en forma de copa hacia ellos, como para captar un olor o un ruido. La criatura era ciega.

Sin embargo, poseía algún sentido que podía registrar objetos distantes. ¡A unos treinta pies de distancia, el disco se alargó extremadamente en su dirección, el extraño ser se inclinó exageradamente y se abalanzó en silencio hacia la pareja!

Ham estaba preparado. Su automática tronó y volvió a tronar. El atacante pareció replegarse sobre sí mismo y rodó a un lado, y detrás suyo apareció otro ser de idénticos rasgos en todos los aspectos, con el mismo círculo negro y el mismo disco tremolante. Pero un alto, agudo, penetrante alarido de dolor rasgó la niebla, como un cuchillo.

Aquel era un peligro que Patricia podía comprender. Ya no sentía miedo; se había enfrentado con demasiados seres raros en las tierras tórridas de Venus, o en las misteriosas profundidades de las Montañas de la Eternidad.

La joven empuñó la otra pistola lanzallamas de Ham, y se dispuso a vomitar su fuego destructor.

Sabía que ello representaba su única salvación, que no debía utilizarlo hasta que todos los demás recursos hubiesen fracasado, por lo que se contentó con empuñarla y dio un tirón al cable del "Gaea". Tres tirones, y luego otros tres, significarían la ayuda por parte de Cullen y Harbord.

El segundo ser -¿o era otro segmento del mismo animal? -avanzó a toda prisa. Ham le envió dos balas más, y otra vez volvió a oírse un penetrante grito de dolor. El monstruo vaciló y cayó, al tiempo que otro círculo negro avanzaba hacia ellos.

El siguiente tiro falló, pero el ser, si bien no cayó, se tambaleó y se desvió.

De repente, el extraño ser estaba ya detrás de ellos, rugiendo, oscuro y enorme como un tren. Era un ser segmentado, compuesto de docenas de fragmentos en forma de círculos, de unos ocho pies de espesor, como los vagones de un tren miniatura, con tres pares de patas por sección.

Pero no corría como una criatura completa, con movimientos zigzagueantes gracias a sus innumerables patas, como los ciempiés. Ham tuvo un atisbo de la forma en que los distintos segmentos estaban unidos entre sí por ligamentos carnosos.

Envió tres proyectiles a una de las secciones. Fue un error; el segmento envió a su vez un chorro de líquido negruzco y se desvió de la línea, pero el fragmento siguiente se abalanzó súbitamente hacia ellos. Y en algún lugar, fuera del radio visual, el primer segmento estaba trazando un círculo. Ambos esposos ahora tenían que enfrentarse con dos peligros en vez de uno.

A Ham le quedaban aún tres cartuchos en la recámara. Disparó uno contra el segmento que se dirigía directamente hacia ellos, vio como el monstruo caía, y mandó otra bala al segmento que le seguía. La cosa -o cosas- parecían alargarse indefinidamente en la niebla.

A. su lado oyó el rugido de su pistola lanzallamas. Pat había esperado hasta que el otro monstruo estuviese casi encima suyo, a fin de que el único disparo que podía hacer el arma diese el mejor resultado posible.

Ham perdió tiempo echando un momentáneo vistazo al resultado; la terrorífica descarga había chamuscado una docena de segmentos, y uno, solitario, superviviente, se estaba arrastrando hacia la niebla.

-¡Buena chica! -exclamó, y largó su última bala a la sección que se alejaba. Ésta cayó, y detrás suyo, llegó la siguiente. Arrojó la pistola vacía hacia el disco carnoso, la vio rebotar sobre la oscura piel y parapetó con su cuerpo el de Pat.

En aquel momento se produjo una llamarada seguida de una especie de rugido. Era una pistola lanzallamas. Desdibujadas en la niebla se veían las figuras de Harbord y Cullen, que habían ido siguiendo el cable. En primer plano, casi a los pies de Ham y Pat, se veían segmentos de los monstruosos discos.

Aparentemente, lo que quedaba del horrible ser había sufrido bastante castigo, ya que todos los fragmentos restantes iban desviándose hacia la izquierda y diluyéndose en la bruma. Una vez reunidos todos los segmentos más allá del radio visual, comenzaron a gesticular y hacer muecas, antes de desvanecerse totalmente.

No se pronunció una sola palabra mientras los cuatro iban siguiendo el rastro del cable de vuelta al "Gaea". Una vez en el interior, Patricia dejó escapar un largo suspiro de alivio, mientras se desprendía de la chaqueta.

-Bueno –exclamó-, ha sido una experiencia emocionante.

-¡Emocionante! -tronó Ham-. La verdad, si quieres, puedes quedarte con este húmedo planeta. ¡Te lo regalo! ¡No lo comprendo, pero donde vas tú, lío seguro. Atraes los conflictos como la miel a las moscas.

-¡Como si yo tuviese la culpa! -se quejó la joven-. Está bien, si piensas que ello tiene que ayudar en algo, ordéname que me quede a bordo del cohete.

Ham lanzó un gruñido ininteligible y se volvió a Harbord.

-Gracias. Cuando habéis venido estábamos acorralados por completo. Y a propósito, ¿por qué nos avisasteis? ¿Por las sombras?

-¿Te refieres a ese carnaval? -inquirió el aludido-. ¿O era una convención espiritualista? No, no estamos aún seguros de que fuese algo real. Sí, os llamamos por el mismo motivo; vimos a ese ser yendo en vuestra dirección.

-¿A ése o a esos seres? -le corrigió Ham.

-¿Viste a más de uno?

-Hice a más de uno. Lo corté por la mitad, y ambos segmentos se abalanzaron hacia nosotros. Pat se cuidó de uno con el lanzallamas, pero todas mis balas parecían ir separando a la bestia en segmentos diferenciados -frunció el ceño-. ¿Comprendes algo, Patricia?

-Mejor que tú -le replicó la joven, secamente-. ¡Bonita expedición sería ésta sin un biólogo!

-Éste es el motivo por el que te cuido tanto -sonrió Ham-. Me asusta pensar lo que sería de mí sin un biólogo. Pero, en fin, ¿cuál es tu idea con respecto a estos detestables gusanos?

-Pues esto; que es un animal múltiple. ¿No has oído nunca hablar de Henri Fabre?

-No, que recuerde.

-Bien, fue un gran naturalista francés de hace unos doscientos años. Entre otras cosas, estudió unos interesantes insectos llamados gusanos u orugas, que hilaban un nido de seda y cada noche salían en busca de alimentos.

-¿Y bien?

-Escucha un momento. Salían en fila india, cada gusano rozando con su cabeza la cola del precedente. Eran ciegos, por lo que cada uno debía fiarse del que iba delante. El primero era el jefe; éste escogía la ruta, llevaba a los demás al árbol apropiado, y allí la columna se rompía para alimentarse. Y al salir el sol, volvían a formarse en columnas, que luego se reunían en la gran procesión y regresaban a sus nidos respectivos.

-Todavía no veo...

-Espera. Figúrate que una oruga que va delante es el jefe. Si coges un palo y rompes la columna en un punto dado, el primero que queda atrás de la rotura es el jefe para sus seguidores, y les guía con tanta seguridad como el jefe original. Y si disgregas a todos los gusanos, cada uno se convierte en su propio jefe, con la misma eficiencia que antes, agregado en una columna.

-Empiezo a comprender -musitó Ham.

-Sí. Este bicho -o estos bichos-, son parecidos a los gusanos procesionales. Son ciegos; en realidad, la vista no vale tanto en Urano como en la Tierra, y es posible que todas las criaturas de Urano carezcan de ojos, a menos que esas sombras de la niebla los posean. Pero opino que estas criaturas horribles están más adelantadas que los gusanos,

Librodot

puesto que éstos establecen contacto mediante un hilito sedoso, mientras que los de aquí aparentemente, lo hacen gracias a un nervio ganglionar.

-¿Cómo? -inquirió Ham.

-Naturalmente. ¿No viste cómo estaban unidos? Aquel órgano blando delante -cada uno lo mantenía pegado al disco del anterior-, siempre estaba colocado en la misma posición. Y cuando disparaste contra el de en medio de la fila, vi cómo la masa pulposa cubría al que le seguía. Y además... -hizo una pausa.

-¿Además, qué?

-Bueno, ¿no te pareció raro que toda la línea maniobrase tan bien? Sus patas se movían todas a un mismo compás, como las patas de un solo ser, como las patas de un miriápodo o de un ciempiés.

"No creo que el hábito, el entrenamiento o la disciplina tengan nada que ver con la perfección con que aquella criatura se movía, abalanzándose, deteniéndose, desviándose y coordinándose con tan perfecta unión. Toda la fila debía hallarse bajo el control neutral directo del jefe, escuchando y husmeando lo que oía y olía, incluso, quizás, respondiendo a sus apetitos, odiando con él y, finalmente, aterrándose con él.

-¡Maldita sea si creo que tienes razón! -exclamó Ham-. Todo el monstruo actuaba como un auténtico animal.

-Hasta que tú, sin querer, partisteis a la fila en dos mitades -le corrigió la joven-. Como ves...

-¡Hice otro jefe! -gritó Ham, animadamente-. El que quedó en primer lugar de la segunda mitad se convirtió en un cabecilla, capaz de actuar con independencia- arrugó el entrecejo-. Bueno, supongamos que estos bichos acumulan su inteligencia cuando se juntan. ¿Es que cada uno añade su poder de razonamiento, si tienen alguno, al cerebro dominante del conductor?

-Lo dudo -rechazó la muchacha-. Si fuese así, podrían llegar a poseer una enorme inteligencia, simplemente agregando segmentos a la fila. —No, por muy estúpidos que fuesen individualmente, sólo tendrían que unirse en largas filas para poseer una inteligencia como la de un dios.

"Si algo parecido existiese, o hubiese existido aquí, no atacaría sin armas y en forma rudimentaria. Poseerían una especie de civilización, ¿no es así? Pero -añadió Pat- podrían mancomunar sus experiencias. El cabecilla podría tener todos los recuerdos a su disposición, lo cual no añadiría un ápice a sus poderes de razonamiento.

-Parece plausible -asintió Ham-. Bien, volvamos a las formas de la niebla. ¿Tienes alguna idea con respecto a ellas?

-No gran cosa –confesó-. Pero creo que existe una relación entre ellas y los gusanos.

-¿Por qué?

-Porque iban también zigzagueando por delante de nosotros antes del ataque. Podían estar simplemente huyendo del ser múltiple, pero en tal caso deberían haberse esparcido, y no lo hicieron; huyeron simplemente en dos filas, y no es esto sólo, sino que durante todo el combate estuvieron pateando y moviéndose al fondo. ¿No te diste cuenta?

-No, la verdad -replicó Ham-. ¿Pero eso qué significa?

-¿No has oído hablar nunca del albirostre, el indicador de las abejas?

-Sí, me suena familiar.

-Es un pájaro africano de la familia de los cucos, y guía a los seres humanos a las colonias de abejas silvestres. Luego, el hombre recoge la miel y el pájaro las larvas - hizo una pausa-. Creo que las formas de la niebla representaron el papel de guía ante los otros seres. Opino que 'condujeron a éstos últimos hacia nosotros, bien porque tu disparo les enojó o porque deseaban los restos que de nosotros iban a dejar los segundos, o porque simplemente les gusta la destrucción. En fin, esto es lo que sospecho.

-Si es que eran reales -concluyó Ham-. Tendremos que disparar la cámara de infrarrojos cuando avistemos al segundo grupo, u horda o manada, o como se llamen sus agrupaciones. Todavía pienso que la mayor parte ha sido una ilusión.

La joven se encogió de hombros.

-¡Ojalá estés en lo cierto!

-¡Bah! -exclamó Harbord de pronto-. Las mujeres no deben estar en esta clase de lugares. Son demasiado timoratas.

-¿Sí? -se burló Ham, disponiéndose a defender a Patricia —. Pues ha tenido la suficiente serenidad para observar varios detalles que a nosotros nos han pasado desapercibidos.

-¡Pero se asusta de unas sombras -gañó el otro.

Sin embargo, no eran sombras. Varias horas después Cullen informó que la niebla en torno al "Gaea" estaba atestada de sombras deslizantes, por lo que llevaron la cámara de onda larga de tragaluz en tragaluz.

Obstaculizado por el aire cargado de argón con su espectro que absorbe los rayos de onda larga, las placas infrarrojas resultaron más sensibles que el ojo humano, aunque quizás .menos detallistas. Pero una placa fotográfica no es sensible a la sugestión; nunca se deja impresionar por el recuerdo de una pasada experiencia; graba fríamente y sin emociones la forma exacta de lo que los rayos lumínicos alumbran.

Cuando Cullen estaba a punto de revelar las placas, Patricia todavía dormía, agotada por su agobiante día en el planeta, pero Ham fue quien afanosamente acudió a investigar los resultados.

Quizás eran menos de los que la joven había temido, pero más de los que Ham había esperado. Colocó un negativo al trasluz, luego cogió uno de los revelados de Cullen, y frunció el ceño.

-¡Hum...! -murmuró. No había duda de que allí había algo definido, aunque no mucho más de lo que sus ojos habían visto. Indudablemente, las formas neblinosas eran reales, pero eran igualmente seguro que no eran antropomórficas.

Los rostros demoníacos, los semblante espantosos, las muecas sardónicas, no habían sido captados por el ojo de la cámara; por lo tanto, esto sí había sido, evidentemente, una ilusión creada por sus cerebros inflamados ante la aparición de las sombras en la niebla. Pero sólo esto, puesto que detrás de la ilusión había algo inequívocamente real. ¿Sin embargo, qué formas físicas podían adoptar las sombras que habían observado?

-No dejes que Pat vea estas fotos, a menos que te lo pida -le encareció Ham a Cullen, pensativamente-. Y por ahora creo que le prohibiré que abandone la nave. A juzgar por el par de acres que hemos examinado, este lugar no es precisamente de los más amistosos del planeta.

Pero Ham no había contado con el carácter de su mujer. Cuando quince horas más tarde, Ham ordenó el traslado del cohete una milla al sur, y se preparó para emprender otro circuito por la niebla, la joven escuchó sus órdenes con una fuerte protesta.

-¿Para qué es entonces esta expedición? ¿No es la vida la cosa más importante de cuantas puede ofrecer un planeta? ¿Pues para qué te has traído a una bióloga? -miró a

Ham con pupilas centelleantes-. ¿Por qué piensas que el Instituto me escogió para esta tarea? ¿Para estarme tranquilamente sentada en la nave, mientras un par de incompetentes echan un vistazo por los alrededores? Un par de incompetentes, sí, señor, un químico y un ingeniero que no saben distinguir un díptero de un coleóptero.

-Bueno, podemos traer aquí dentro varios especimenes para que los estudies - respondió Ham. Esto desencadenó una nueva tempestad de reproches.

-¡Escúchame! Si quieres saber la verdad,'no estoy aquí por ti. ¡Tú estás aquí por mí! Podían haber hallado un centenar de ingenieros y químicos y pilotos, ¿pero cómo encontrar un buen biólogo extraterrestre? ¡Somos muy pocos!

Ham no pudo replicar, porque era cierto. A pesar de su juventud, Patricia, nacida en Venus y educada en París, descolló eminentemente en su aspecto. Ni, para comportarse honestamente con la sociedad que respaldaba la expedición, podía ella obstaculizar la labor de la misma. Al fin y al cabo, ni siquiera el instituto financiado por el gobierno podía permitirse el lujo de gastar más de dos millones de dólares sin obtener rada a cambio de su dinero.

Enviar un cohete a las profundidades del Sistema Solar, donde Urano recorría su solitaria órbita, era un proyecto tan caro que en verdad la expedición tenía que realizar cuanto estuviera a su alcance, especialmente por el hecho de que transcurrirían otros cuarenta años antes de que se presentase otra oportunidad de visitar el misterioso planeta. Ham suspiró y cedió.

-Esto demuestra una brizna muy limitada de inteligencia, al fin y al cabo- reconoció Patricia-. ¿Piensas que me asustan unos discos animados? Además, yo no cometería la equivocación de cortarlos por la mitad. Y en cuanto a estas sombras neblinosas tan divertidas, tú dijiste que no eran más que unos espejismos y... a propósito, ¿dónde están las fotografías que tomó Cullen con su cámara? ¿Se ve algo?

Cullen vaciló, luego Ham asintió resignadamente, y le entregaron las fotos a la joven. A la primera ojeada, ella arrugó el ceño repentinamente.

-¡Son reales! ¡Existen! -exclamó, y volvió a estudiarlas tan afanosamente que Ham se preguntó qué es lo que su mujer estaba viendo. Y de pronto, Ham vio, o creyó ver, un destello de satisfacción en sus ojos, y sintió una impresión de alivio al intuir que, al menos, no estaba inquieta por el descubrimiento.

-¿Qué piensas? -le preguntó con curiosidad.

Sonrió, y no le contestó.

Aparentemente, los temores de Ham con respecto a Patricia se hallaban infundados en todos los aspectos. Los días transcurrían sin acontecimientos; Cullen analizaba y archivaba sus muestras, y realizó innumerables pruebas de la verdosa atmósfera de Urano; Ham verificó una y otra vez sus pesos y medidas, y en los momentos libres examinaba las reacciones del motor del que dependía el "Gaea" y sus vidas; y Patricia coleccionaba y clasificaba sus especimenes sin el menor incidente desagradable.

Harbord, naturalmente, no tenía nada que hacer hasta que el cohete se zambullese una vez más en las profundidades del espacio, por lo que servía de cocinero y "persona para todo", tarea fácil que principalmente consistía en abrir latas y disponer de la basura y restos de comida.

El "Gaea" cambió cuatro veces de estacionamiento, en medio de la niebla, mientras Ham y Patricia iban recorriendo círculos de mil pies de diámetro. Entretanto; en el firmamento, aunque invisible, Saturno llegaba al punto de la máxima conjunción, pasaba por delante del lentísimo Urano y comenzaba a apartarse de él. El tiempo de estancia en el inmenso planeta se iba acortando; cada hora significaba una distancia adicional que habría que cubrir a la vuelta.

En el quinto cambio de posición, Harbord anunció el límite de la estancia.

-No nos quedan ya más de cincuenta horas -dijo-, a menos que sintáis inclinaciones a permanecer aquí durante cuarenta años.

-Bien, esto no es mucho peor que Londres -proclamó Patricia.

Ham se estaba poniendo su traje espacial.

-Vamos, Pat. Daremos una última ojeada a este magnífico paisaje uraniano.

La joven le siguió a la niebla, esperando mientras su marido anudaba el cable guía al cohete, y luego, la cuerda de seda a su cintura.

-Me hubiese gustado volver a ver a nuestros amigos en cadena -se lamentó ella-. Tengo una idea, y me hubiese gustado aclararla.

-Prefiero que no puedas hacerlo - gruñó él -. Con una vez, ya tuve bastante.

El "Gaea" desapareció, envuelto por la niebla. En torno a los dos exploradores, las sombras de la niebla flotaba y les hacían muecas, como les habían ido haciendo siempre desde su primera aparición, aunque ahora ya ninguno de los dos les prestaba la menor atención. La familiaridad les había quitado el miedo.

Aquélla era una región de pequeños pedruscos, y Patricia iba de acá para allá, a toda la longitud de la cuerda, inclinándose, examinando, escarbando en la hierba o preservando la rara flora de Urano. La mayor parte del tiempo estaba fuera del radio visual o auditivo, si bien la cuerda que les unía a ambos daba evidencia de su cercana presencia.

Ham tiró de la cuerda con impaciencia.

-Es como llevar a un cachorro a un fila de árboles -gruñó al aparecer la joven-. ¡Final del cable! -le anunció-. ¡Regresamos!

-¡Pero allá hay algo! -exclamó la joven. En virtud de la cuerda, podía adelantarse cincuenta pies en la oscuridad-. ¡Allí crece algo... algo nuevo, y quiero verlo!

-Bueno, pues no puedes verlo. Está fuera de nuestro alcance. Luego, volveremos si quieres, tras haber añadido unos cuantos pies al cable.

-Si está muy cerca... -Pat dio media vuelta-. Soltaré la cuerda, echaré un vistazo y volveré.

-¡No! -rugió Ham-. ¡Pat, ven aquí!

Tiró de la cuerda, pero en vano. De repente, el extremo suelto se le quedó en las manos. ¡Patricia se había soltado!

-¡Pat! -gritó Ham-. ¡Pat! ¡Vuelve aquí! ¡Te lo ordeno!

Le replicó un sonido amortiguado, inaudible. Luego, sólo hubo el silencio de Urano. Ham volvió a gritar, pero la bruma no dejaba pasar ningún sonido más allá de unos cuantos pies. Esperó un momento, y repitió la llamada. Nada; ningún sonido, salvo los jadeos de las sombras entre la niebla.

Ham estaba desesperado. Después de otra pausa disparó su revólver al aire; una, dos... diez veces, con breves intervalos. Esperó, pero no obtuvo respuesta. Lanzó un terno contra la temeridad de su esposa y contra su propia estupidez al permitirla salir del aparato.

Tenía que hacer algo. Volver al "Gaea" y hacer que Cullen y Harbord le acompañasen en su búsqueda. No podía perder tiempo. Patricia podía extraviarse y no saber regresar. Musitó una frase que lo mismo podía ser una imprecación como una plegaría, sacó un lápiz y papel del bolsillo, y garabateó un mensaje.

"Pat perdida. Traed más bobina para añadir al cable. Buscadme en círculo. Intentaré permanecer dentro de un radio de dos mil pies."

Ató el papel al extremo del cable, le añadió una piedra, y luego dio tres tirones para avisar a los del "Gaga". Después, deliberadamente, soltó el cable de su cintura y se sumergió decididamente en la niebla.

No recordó jamás cuánto había andado ni huata dónde. Las formas sombrías de la niebla se burlaban de él y le seguían constantemente, en tanto la bruma le oprimía con su húmeda condensación. Gritó, disparó la automática, silbó, esperando que el sonido viajase a través de la intensa niebla, corrió en zigzag, abarcando un amplio perímetro. Pensó que Pat tendría bastante sentido común como para no alejarse atolondradamente. Seguramente, una chica adiestrada en las Tierras Cálidas de Venus sabría que el procedimiento más conveniente cuando uno se extravía es el de quedarse quieto con el fin de no desorientarse por completo.

Ham también se había extraviado. No tenía la menor idea del linar donde se hallaba el "Gaga", ni en qué dirección estaba el cable guía. De vez en cuando, creía entrever el filamento plateado de la salvación, pero cada vez se daba cuenta de que se trataba solamente del centelleo de la humedad sobre alguna roca. Se movía bajo el tazón invertido de niebla que le bloqueaba la visión a cada lado.

Al final, la misma sensación de sentirse perdido fue lo que le salvó. Tras varias horas de vagar por entre la niebla, sin esperanzas, tropezó con el cable. Había dado una vuelta completa.

Cullen y Harbord surgieron de repente a su lado, unidos por una cuerda.

-Habéis... habéis...? -jadeó.

-No -repuso Harbord, secamente, su ajado semblante mohíno y angustiado —. Pero la encontraremos.

-Oye -intervino Cullen-. ¿Por qué no subes a bordo y descansas un rato? Nosotros seguiremos.

-No -rechazó Ham, torvamente.

Harbord se mostró inesperadamente solícito.

-No te preocupes. Es una chica inteligente. Se estará quieta en algún sitio, hasta que la localicemos. No se habrá alejado más de mil pies más allá del extremo del cable.

-A menos -respondió Ham, angustiado- que le haya ocurrido algo.

-La encontraremos -repitió Harbord, animadamente.

Pero al cabo de otras diez horas, tras haber completado más de doce círculos en torno al "Gaga", desde distintas distancias, quedó claramente demostrado que Patricia

no se hallaba dentro de la circunferencia descrita por el cable de dos mil pies. Cincuenta veces durante el intolerable circuito, Ham había tenido que luchar contra el impulso de liberarse del cable y sumergirse en la aterradora niebla.

Patricia podía hallarse a sólo unos pasos de distancia, quizás lesionada o malherida, sin que ellos se enterasen. Sin embargo, soltarse del cable protector era tanto como suicidarse, o demostrar una verdadera locura.

Cuando llegaron al lugar elegido por Cullen como punto de partida, Ham hizo una pausa.

-Volvamos al cohete –ordenó-. Lo moveremos cuatro mil pies en esta misma dirección, y volveremos a trazar círculos. Pat no puede haberse alejado más de una milla del lugar en que se soltó.

-La encontraremos -repitió Harbord, con obstinación.

Pero no la encontraron. Tras una fútil y agotadora búsqueda, Ham ordenó llevar el "Gaea" a un punto donde el círculo del cable quedase tangente a los dos círculos últimamente explorados, y la investigación fue reanudada.

Treinta y una horas habían transcurrido desde la desaparición de Patricia, y los tres hombres se hallaban completamente agotados. Fue Cullen el primero que abandonó, dirigiéndose a la nave. Cuando los otros dos llegaron a ella, le encontraron completamente dormido, sin haberse desnudado, y con una taza de café, a medio vaciar, al lado.

Las horas fueron pasando lentamente. Saturno comenzaba ya a alejarse del brumoso planeta, disponiéndose a no volver a la misma posición hasta dentro de cuarenta años. Harbord no pronunció una sola palabra con referencia al transcurso del tiempo; fue Ham quien sacó a relucir el tema.

-Mirad -dijo, tras haber situado al "Gaea" en un nuevo punto-. El tiempo pasa. No quiero reteneros aquí, por lo que, si no hallamos a Pat en esta zona, deseo que tú y Cullen os marchéis, ¿Entendido?

-Si, entiendo el inglés -respondió Harbord-, pero no en esta forma.

-No hay ningún motivo por el que tengáis que quedaros ambos. Yo sí me quedo. Tengo un motivo. Me quedaré con la parte de alimentos de Patricia y mía, y todas las armas y municiones.

-¡Bah! -se burló Harbord-. ¿Qué son cuarenta años? -había doblado ya los sesenta.

-Es una orden -repitió Ham.

-Tú no mandas una vez hayamos abandonado la superficie del planeta -le recordó el otro-. Nos quedamos todos. Y la encontraremos.

Pero pronto comenzaron a perder las esperanzas. Cullen se despertó y les ayudó en la investigación. Los tres hombres, desesperados, emergían de la niebla infinita, y se situaban a seiscientos y quinientos de intervalo a lo largo del cable. Ham adoptaba la posición más avanzada, y así iban dando vueltas en torno a un nuevo círculo.

Ham se hallaba al borde del derrumbamiento. Durante cuarenta horas no había dormido ni comido, excepto una apresurada taza de café y un poco de chocolate, mientras trasladaban al "Gaea". Las formas de la niebla comenzaban a adoptar las más raras conformaciones a sus ojos, pareciendo hallarse más cerca y sonreírle con mayor malevolencia.

Por esto, se veía obligado a esforzar más la visión, y de repente, al dar la cuarta vuelta al mismo círculo, divisó algo ligeramente más denso que las sombrías formas.

Tiró una vez del cable para frenar a Harbord y Cullen, y observó atentamente. Oyó un rumor, como lejano y continuo zumbido, muy diferente de los ruidos producidos por las sombras de la niebla. Echó a andar al escuchar otro sonido, indescriptible, ahogado, pero ciertamente un sonido físico. Tiró tres veces del cable para avisar a sus compañeros.

Cuando estuvieron a su lado, les señaló la oscura masa.

-Podemos llegar allá -les advirtió- si anudamos un par de nuestras cuerdas.

Se movieron cautelosamente por entre la niebla. Algo... sí, algo se estaba moviendo no muy lejos. Avanzaron calladamente cincuenta, sesenta pies. Y de pronto, Ham se dio cuenta de que se trataba de una cadena de seres múltiples... al parecer una inmensa cadena, ya que no dejaban de pasar ante su vista interminablemente. Completamente desalentado se detuvo, mirando con desesperación hacia delante; luego, muy despacio, volvió hacia el cable.

Un sonido, un agudo sonido, le inmovilizó. ¡Parecía una tosecilla!

Giró sobre sí mismo. Sin temor a la peligrosa fila que se movía delante suyo, gritó:

-¡Pat! ¡Pat!

¡Oh, sublimidad del alivio! Una débil voz trémula le contestó desde el otro lado de la múltiple cadena.

-¡Ham, oh, Ham!

-¿Estás.. estás bien?

-Sí.

Patricia se hallaba a no más de diez pies de distancia. Pero ambos se veían separados por la móvil criatura múltiple.

-¡Gracias a Dios! -musitó él -. Pat, cuando haya terminado de pasar esta fila, da un salto hacia delante. ,Hacia delante y no a ningún lado!

-¿Cuando pase la cadena? -se lamentó la joven-. ¡Oh, no pasará! No es una fila. -¡Es un círculo!

-¡Un círculo! ¡Un círculo! ¿Entonces cómo podremos sacarte? -calló. Ahora, el diabólico desfile se hallaba sin jefe, desamparado, pero una vez rompiese la cadena por algún punto, se convertiría en un ser malévolo, sanguinario, y podía atacar a la joven. Susurró -: ¡Oh, Dios mío!

Harbord y Cullen estaban ya a su lado.

-Voy a cruzar -les dijo, asiendo el resto de la cuerda -. No os mováis. Y poneos juntos.

Se alzó sobre los hombros de sus compañeros. Desde aquella altura podría seguramente saltar por encima de la cadena. Sí, tenía que poder hacerlo.

Lo logró, aunque dejó a Harbord y Cullen quejándose por culpa de sus ciento ochenta libras, su peso en Urano. Al instante tuvo a Patricia a su lado; la amenaza de aquellos monstruos en círculo era demasiado inminente.

Arrojó un extremo de su cuerda a los que se hallaban fuera del círculo.

-¿Podrás pasar si te sostenemos en alto, Patricia?

La joven parecía completamente exhausta.

-Naturalmente- murmuró.

Su marido la ayudó a pasar los codos y las rodillas por la cuerda, suspendida en alto. Lenta, penosamente, fue recorriendo toda la longitud de la improvisada maroma, colgada de la misma. Ham pasó por un tremendo momento de apuro cuando la joven se balanceó directamente sobre la hilera de discos móviles, pero finalmente la vio caer ilesa en los brazos de Harbord.

-¡Ham! - le gritó ella entonces-. ¿Cómo vas a pasar tú?

-¡Saltaré!

No perdió tiempo reflexionando. Reunió toda la fuerza que aún le quedaba, retrocedió para emprender carrerilla, y dio un salto de seis pies de altura, rozando justo la sinuosa barrera viviente.

Patricia cayó a sus pies, deshecha en llanto.

-Buen Dios! - exclamó Ham, emocionado profundamente -. Si no llegamos a encontrarte...

-Pero me encontrasteis! - le susurró ella. De pronto se echó a reír, con una risa histérica, interrumpida de vez en cuando por unas toses ahogadas -. ¿Aunque, qué es lo que te retrasó tanto? ¡'Te esperaba más pronto! - dirigió su mirada a los seres en círculo -. ¡Creé un cortocircuito en ellos! ¡Sí, originé un cortocircuito en sus cerebros!

Se desmayó en brazos de Ham. Sin una palabra, la levantó en vilo y siguió a Harbord y a Cullen a lo largo del cable, hacia el "Gaea". A sus espaldas, dando vueltas interminablemente, se hallaba el círculo de las dominadas criaturas.

Urano era ya un globo verdoso tras el fulgor de los retrocohetes, y Saturno una resplandeciente estrella azul a la izquierda de un diminuto y cálido sol. Patricia, cuya tos había ya cedido con el aire climatizado del "Gaea", estaba sentada en una butaca, sonriéndole a su esposo.

-Verás -le decía ella a Ham -, una vez me solté de la cuerda... ¡No, espera, no vuelvas a sermonearme!... Bien, di unos pasos por entre la niebla y entonces, de pronto, me di cuenta de que las plantas que había entrevisto no eran más que las mismas que yo conozco y que llamo "Criptogami Urani", por lo que empecé a retroceder, pero tú ya te habías marchado.

-¡Marchado! Si no me moví...

-¡Te habías marchado! -repitió ella, imperturbable-. No hice más que dar unos pasos y me puse a gritar, pero la niebla amortiguó tremendamente mi voz. Luego oí un par dé disparos en otra dirección, y fui hacia allá, cuando, de repente ¡la cadena viviente que surge de la niebla!

-¿Qué hiciste?

-¿Qué podía hacer? Estaban demasiado cerca de mí para que pudiera sacar la pistola, por lo que eché a correr. Ellos avanzaron, velozmente, pero yo también, por lo

que conseguí sacarles delantera hasta que perdí el resuello. Entonces descubrí que corriendo en zigzag agudo podía mantenerles a distancia, ya que no pueden girar con rapidez, pero claro, las fuerzas me iban faltando. ¡Pero entonces tuve una inspiración!

-¿De veras? -exclamó él, con sarcasmo.

Ella lo ignoró.

-Recuerdas cuando te hablé de Fabre y de sus estudios sobre los caterpilares procesionales? Bueno, uno de sus experimentos consistió en conducir la procesión en torno al borde de un gran tiesto y cerrar el círculo. Así perdían el jefe ¿y sabes qué sucedía?

-Lo adivino.

-Exactamente. A falta de cabecilla, el círculo continuaba dando vueltas durante interminables horas, días, no sé cuánto tiempo, hasta que algunos gusanos caían agotados, y un nuevo jefe tomaba el mando en la rotura. Súbitamente recordé este experimento, y pensé emplearlo. Empecé a correr en círculo, seguida por la fila.

-Entiendo!

-Sí. Intentaba cerrar el círculo y saltar antes al exterior, pero algo fue mal. Cuando cerré el circuito, no sé qué me ocurrió, tal vez debido al cansancio o al mareo, lo cierto es que lo siguiente que recuerdo es que estaba tumbada en el suelo, mientras las patas del interminable bicharraco me rozaban el rostro.

-Entonces, qué diablos son?

-Bueno, he tenido la oportunidad de examinar aquella cadena de bichos desde muy corta distancia, y puedo asegurarte que no son seres perfectos.

-Seguro que no!

-Quiero decir que no están plenamente desarrollados. En realidad, se hallan en estado larvario. Y creo que las formas neblinosas son los seres en que sé convierten al desenvolverse. Por esto, aquellas fueron quienes los condujeron hacia nosotros en la primera ocasión. ¿Lo entiendes? Los bicho en fila son sus hijos. ¡Como los gusanos y la polilla

-Bien, es posible, claro está ¿pero qué me dice de las muecas, las risotadas y los jadeos de las formas que cambian de tamaño y aspecto con tanta facilidad?

-No cambian de aspecto. Mira, aquí, en esta parte de Urano, la luz procede directamente de arriba, ¿verdad? Bien, entonces todas las sombras son proyectadas hacia abajo, esto es obvio. Por tanto lo que vimos, sus muecas, sus saltos, sus caras, no

eran más que las sombras de esos seres flotando, volando, proyectadas en la niebla. Por esto aumentaban de tamaño, crecían y disminuían con tanta facilidad; no eran más que las sombras proyectadas por algunas aves, o seres alados que subían, descendía y revoloteaban en torno a nosotros. ¿Lo entiende ahora?

-Parece plausible. Daremos el informe en ese sentido, y dentro de ochenta años, cuando el polo norte de Urano vuelva a estar situado bajo la li del sol, alguien volverá y podrá verificar la teoría. Quizá, Harbord, que tendrá ciento cuarenta años, les pilotará, ¿eh, Harbord? Te gustaría volver a visitar ese planeta dentro de ochenta años?

-No, con una mujer a bordo - gruñó el piloto

FIN